

LECCIONES DESDE PALESTINA – abril 2025

Javier de Rivera

Cómo vivir frente al genocidio de Israel

Antes de empezar, una aclaración semántica: ¿el genocidio es “de Palestina” o es “de Israel”? ¿Nombramos el crimen con referencia a la víctima o al asesino? ¿El Holocausto, fue nazi o fue judío? El asesinato crea un vínculo que une inseparablemente a la víctima y al asesino. Dicen, quienes tienen la experiencia de haber matado, que al hacerlo matan una parte de sí mismos, que de algún modo la vida que han tomado se queda con ellos. Eso dicen quienes tienen sensibilidad, porque otros simplemente se recrean en el gozo macabro de sentir que su vida vale más que la de la víctima. Sea como fuere, el acto le sucede tanto a uno como a otro, y la cuestión para quienes lo miramos desde fuera es cómo nombrarlo, ¿con el nombre de quien lo sufre y preferiría que no sucediera, o con el nombre de quien lo comete? Si elegimos a la víctima enfatizamos su pérdida, pero si elegimos al agresor, miramos a la cara al mal que causa la desgracia, un mal que sigue vivo y amenaza vicariamente a quienes asistimos impotentes a la escena. Por eso, cuando identificamos el acto por el lado de la agencia, nos vemos obligados a enfrentar aquello que da miedo, y al hacerlo asumimos también nuestra responsabilidad como observadores de la masacre.

Así, el genocidio del pueblo palestino es también el genocidio de Israel, la nación que lo comete impunemente con el apoyo de los gobiernos de occidente. Decirlo así asusta más, porque nos da la medida de hasta qué punto la “modernidad” que vivimos se sostiene sobre los crímenes más terribles. Por supuesto, “ya lo sabíamos”, al menos quienes sabemos un poco de historia y seguimos las noticias internacionales. La destrucción de naciones enteras, las hambrunas y las guerras genocidas causadas por la política imperial no son ninguna novedad. Entonces, ¿qué hay de nuevo en este genocidio?

En primer lugar, la justificación que lo acompaña. Este es un genocidio cuya raíz criminal ya no se oculta, sino que se lleva a gala. Antes, al menos se molestaban en disfrazar los crímenes bajo el rótulo de “defensa de la democracia”, o más cínicamente, “de nuestro estilo de vida”, justificando que los privilegios del Norte global se sostengan sobre la opresión de otros pueblos. A pesar de su cinismo, la pretensión de ocultar la injusticia implicaba algún tipo de contención. Ahora, el ejercicio de la maldad se impone como una verdad evidente, y al obligarnos a aceptar esta realidad se comete una violencia psicológica más directa sobre quienes asistimos impotentes a la escena. Las noticias macabras sobre el genocidio circulan libremente, especialmente para quienes tienen sensibilidad para recibirlas, atentando contra nuestro sentido de que la vida tiene un orden lógico y razonable.

En este orden capitalista (por llamarlo de alguna manera) solo se puede vivir en la esquizofrenia. Ya lo decían Deleuze y Guattari. Conservar el sentido cotidiano de nuestras vidas solo es posible rompiendo con nuestra conciencia de cómo funciona realmente el mundo. Hacer como si nada, seguir con nuestras vidas, aún a sabiendas de que no nos pertenecen, que estamos gobernados por genocidas que son capaces de destruir cualquier orden cotidiano para mantener su poder y sentirse superiores. Genocidas que, además, pueden movilizar magníficamente toda una maquinaria de manipulación social para convencer a las masas –si, las masas, esas que carecen de capacidad crítica y que son también nuestros conciudadanos-- de que la opresión es necesaria y hasta positiva. Una manipulación que rompe las bases del diálogo y la reflexión política a la que cualquier especie con uso de razón debería tener acceso.

En segundo lugar, la diferencia sustancial del genocidio de Israel sobre el pueblo palestino es lo gratuito de su violencia. Incluso asumiendo como “comprensible” el deseo de hacerse con los territorios palestinos y borrar a un pueblo de la tierra que habita, no hay explicación razonable para la crueldad demostrada. Las masacres que llevan siglos asolando países de África y otros continentes, por terribles que sean, se “explican” por la necesidad imperialista de dominar sus recursos naturales para sostener el “progreso” de “los países avanzados”. Eso no les resta nada de su criminalidad, pero las hace “cognoscibles”, entendibles. Nuestros móviles y aparatos electrónicos necesitan coltán y otros minerales. Quizás podríamos obtenerlos de una forma ética, sin necesidad de financiar guerras y producir esclavos, pero hay una motivación económica sistémica detrás de esos genocidios. Esto nos concierne más en términos prácticos, pero también nos permite esperar, ilusamente, que en algún futuro imaginario la sociedad evolucione hacia una economía más justa. Ante el genocidio del gobierno israelita ya no hay escapatoria para reconocer la cruda realidad de la lógica asesina que gobierna el mundo, y con ello muere también la posibilidad de mantener la esperanza en el “progreso social” de la humanidad, aunque ésta haya sido siempre una esperanza fútil e infundada.

En tercer lugar, lo que más asusta de este genocidio es la connivencia de los gobiernos que se decían democráticos, “Estados de derecho” cuya legitimidad aún apelaba a las bases ideológicas de la Ilustración. Ya sabíamos que todo aquello era una simple falsedad, y que en el fondo solo se trataba de la dominación mundial. Pero hacíamos como si no, porque –especialmente en Europa-- se hizo un hueco para “la prosperidad de la clase media”, para que un segmento privilegiado de la población mundial pudiera construir sus historias de vida en un entorno de seguridad, derechos y posibilidades de consumo. Lo sabíamos, pero hacíamos como si la democracia y la justicia internacional aún fueran una posibilidad que está por llegar, quizás de la mano de las Naciones Unidas o alguna otra organización internacional. Ahora, cuando los gobiernos de países tan democráticos como Alemania persiguen a los activistas pacíficos y censuran a Francesca Genovese, nada menos que una observadora de Naciones Unidas, o cuando EEUU amenaza directamente a los representantes de la Corte Penal Internacional, se rompe toda posibilidad de mantener la ilusión de que hay un mundo justo que está por llegar.

En este ámbito, el instrumento más nocivo de esta represión social y psicológica sobre la ilusión de justicia es la instrumentación de las acusaciones de antisemitismo. La historia de los directores del documental *No man's land* describe perfectamente ese drama. Dos cineastas, uno israelí y otro palestino, ganan un Oscar, el premio más prestigioso de la cultura (al menos, el más famoso), y su discurso, breve y descafeinado, para defender la posibilidad de convivencia pacífica entre sus pueblos es recibido con airadas acusaciones de antisemitismo. Días después, uno de ellos es golpeado impunemente en Cisjordania, detenido como un criminal sin derechos, a pesar de ser judío y ciudadano israelí. Instrumentalizar la acusación de antisemitismo es una estrategia de largo recorrido. Consiste en identificar a cualquiera que critique al gobierno de Israel como un defensor del genocidio nazi, cometido hace casi un siglo y entronizado desde entonces como el peor crimen de la historia. Es posible que lo fuera, porque 6 millones de judíos asesinados son muchas personas¹, pero las lecciones aprendidas no parecen haber sido las correctas. La cuestión, hoy, es qué aprender del genocidio actual.

1 Si bien, los civiles asesinados durante la Segunda Guerra Mundial se cuentan por decenas de millones en países como China o la URSS.

Lecciones sobre el genocidio del pueblo palestino

Lo primero es que las lecciones tenemos que aprenderlas de los oprimidos, no de los opresores. Es su memoria y su legado el que nos interesa conservar, no el de quienes cometen los crímenes, pues aunque “venzan” en lo fáctico, no tienen el derecho de “convencer” en lo moral. Aunque no podamos hacer nada para cambiar el curso de los acontecimientos, sí podemos aprender y con ello honrar nuestra sensibilidad y capacidad crítica. Reconocer nuestra impotencia política es condición necesaria para expresar nuestra solidaridad con quienes sufren injusticias. Lo mínimo es seguir recordando al pueblo palestino, hablar de lo que les sucede, denunciar el genocidio, y pedir a nuestros gobiernos que hagan algo al respecto, aunque parezca inútil.

Lo segundo es reconocer la raíz de nuestra impotencia política. Los poderes fácticos de todo el mundo, al menos del occidental, parecen estar profundamente infiltrados por el sionismo genocida, de ahí que sea tan difícil la organización de la protesta. Donde quiera que miremos, vemos leyes y estrategias para reprimir a quienes levantan la voz contra el genocidio. Además, debemos recordar que cualquier poder fáctico precisa de peones dispuestos a hacer cumplir las órdenes, convencidos de su ‘justicia’, aunque en el fondo sabemos que se identifican con el agresor porque les puede el miedo a identificarse con la víctima. Cuando nos quitamos el miedo y nos atrevemos a mirar al mal a la cara, vemos que hay mucha más dignidad en quienes sufren y resisten la opresión, ya sea como víctimas o de forma solidaria, que en quienes la cometen.

Pues bien, ¿qué podemos aprender del pueblo palestino? Que son incansables en su lucha por la vida, que por mucho que les bombardeen, por mucho que los detengan y los torturen, siguen adelante. Lo hacen porque no les queda otra, pero eso no le resta heroicidad a su capacidad de resistencia. ¿Cómo son capaces de hacerlo? ¿Resistiríamos nosotros sin que se nos fueran las ganas de vivir? Ellos lo hacen y mantienen su dignidad. Lo hacen las madres y padres que luchan por tener con qué alimentar a sus hijos/as, y los médicos que en las peores condiciones siguen esforzándose por salvar las vidas que pueden. Es la vida que sigue adelante mientras los genocidas se recrean en destruirla y degradarla. El terror que sufren los palestinos parece tan profundo que ni les queda margen para odiar al opresor, quien habiendo perdido todo rastro de humanidad se ve ya como una “cosa opresiva”, como una enfermedad de odio que habita cuerpos humanos.

¿Y qué podemos aprender de quienes denuncian y se enfrentan al genocidio que está cometiendo Israel? Hay muchos ejemplos de personas valientes que se exponen para defender la justicia, héroes y heroínas cuyo ejemplo es digno de admiración: Francesca Genovese, Olga Rodríguez, Owen Jones... y miles de activistas desconocidos que se enfrentan a la represión desproporcionada. De ellos/as podemos aprender que son incansables en la denuncia de la injusticia, que son capaces de ponerse en riesgo por ello, que les puede la dignidad sobre los deseos de seguridad y prosperidad. ¿Hasta dónde estamos dispuestos a llegar por denunciar la injusticia? Esa es también la pregunta que se hacen los opresores: “¿cuánto tenemos que amenazarles para que acepten la injusticia que estamos cometiendo?” La amenaza final siempre es la muerte, y muy pocos estamos dispuestos a dar lo que nos queda vida por denunciar las injusticias que sufren otros, por eso hay que medir nuestras fuerzas y aceptar nuestros límites. Además, entregar la vida, por sí mismo, no sirve para mucho, los muertos no hablan y si no hay nadie para hablar por ellos, su recuerdo parece bajo los escombros de la mentira. Hay que seguir viviendo.

¿Qué hacer ante el genocidio?

Ya nada queda de aquél espíritu revolucionario que en los 70 animó a grupos terroristas como la *Red Army Faction* alemana o *The Weather Underground* estadounidense, formados en su mayoría por jóvenes universitarios de clase media que renunciaron a una vida exitosa en la sociedad de consumo por la lucha armada –con prácticas muy diferentes– para denunciar las guerras imperialistas de sus gobiernos. La idea detrás de aquél terrorismo político inspirado en el anarquismo del siglo XIX era “llevar la guerra” a quienes la causan, como si eso sirviera para hacerles tomar conciencia de la destrucción sobre la que se funda su bienestar. Hoy, además de ser imposible por virtud de las actuales tecnologías digitales de vigilancia y control, semejantes acciones serían altamente contraproducentes, si es que no lo han sido siempre. Nada hay más útil a un poder represivo y totalitario que la existencia de núcleos de resistencia violenta. Tanto es así que, cuando no existen, tienen que inventarlos, como en esas historias de los infiltrados en manifestaciones que queman contenedores para justificar la carga policial².

Decía Kurt Vonnegut, un novelista satírico estadounidense muy lúcido, que es necesario el mismo valor para morir heroicamente por una causa noble, que para vivir dignamente por ella. Lo segundo es seguramente menos doloroso, pero también más complicado. Día tras día, preguntarte si estás haciendo lo suficiente, si tienes derecho a disfrutar de las cosas buenas de la vida, o si vale la pena esforzarte para prosperar y ser feliz mientras se cometen tan flagrantes injusticias... sintiendo, además, que todo esfuerzo es inútil, pues nos falta fuerza para parar la maquinaria de manipulación, destrucción y genocidio. Ellos administran la muerte y la destrucción, nosotros/as defendemos la vida, y eso es moralmente más complejo.

Algunos escribimos, porque no sabemos hacer nada más, y con ello intentamos aportar algo de luz, aunque como mucho será una pequeña llamarada en quienes nos lean. Luego volveremos a nuestras preocupaciones cotidianas, hay cosas que hacer, y la vida --libre o alienada-- sigue su curso. ¿Pero para qué sirve la vida al fin y al cabo si no es para producir sentido? Nuestra vida tiene valor por el sentido subjetivo que le imprimimos, con nuestro pensamiento, nuestros sentimientos y nuestros actos. Hay un mundo dentro de cada uno de nosotros, y en ese mundo sí tenemos agencia, en ese mundo podemos resonar con otros, y amplificar la base de nuestra autonomía, aunque sea modestamente en el sentido que le damos a las cosas que hacemos. Por eso, por penoso que parezca, tener presente el genocidio del pueblo palestino, y también del resto de injusticias cometidas por la civilización que habitamos, nos aporta un sentido de trascendencia de la que carece la vida de las preocupaciones individuales y cotidianas.

El sentido de trascendencia

Es interesante descubrir que, ante tanta crueldad impune, el relato religioso del cielo y el infierno llega a resultar reconfortante. Creer en una justicia divina que se impondrá en el más allá, corrigiendo la injusticia terrenal y dando a cada uno lo que se merece es el consuelo de quienes no tienen poder. Se nos dice que esta era una ideología religiosa inventada en la edad media para mantener a las masas en la inactividad política y aceptar la vida como un “valle de lágrimas”. Entonces, una rebelión campesina podía echar abajo los poderes feudales, quemar castillos y repartir tierras, como hicieron los Irmandiños en Galicia o las revueltas comuneras en Castilla. Así

²La tradición de inventar grupos subversivos inexistentes para justificar la represión tiene una larga historia, como la novela de Chesterton en “El hombre que fue jueves” escrita en 1908. Hoy en día, las infiltraciones policiales en movimientos sociales pacíficos, retratados por el sistema represivo como peligrosos, es ya un lugar común en las democracias occidentales.

que es cierto que el relato de la justicia divina servía para calmar ese impulso rebelde, pero también lo es que suponía una concesión moral por la que se reconocía la dignidad de los que sufren. Además, este mecanismo de control moral también tenía sus fallas, y ahí están los milenaristas que pusieron en jaque al poder de la Iglesia llevando hasta el final las consecuencias de ese relato religioso. Por otro lado, todo espíritu revolucionario ha apelado siempre a un sentido de la justicia dotado de trascendencia moral. Hasta que llegó Marx y logró presentar el tema como una cuestión “científica” que debía articularse sobre los intereses (materiales) de la clase proletaria. Gran error, teórico y revolucionario. Nos unimos a la lucha social por solidaridad, no por interés, sino movidos por un sentido de dignidad moral que va más allá de cuestiones materiales concretas. Los intereses materiales, por muy colectivos que se pretendan, serán siempre instrumentalizables a favor de motivaciones egoístas. Así es como el pretendido cientifismo de la teoría revolucionaria marxista dejó en bandeja la solución al problema revolucionario: utilizar la lucha de clases para que los dominados se vuelvan unos contra otros, crear subclases para que la dominación se estratifique, dando la impresión de que hay siempre algo que ganar o algo que perder, y así se mantiene la estructura y se frena la solidaridad.

En la actualidad, ya no es necesario el relato de la justicia divina para mantener la estructura de poder. Hay medios técnicos de control social mucho más efectivos, tanto para identificar, aislar y reprimir a los elementos conflictivos, como para promover la adhesión general al régimen individualista del consumo (y su lógica de los intereses). Por eso, ante la más completa impotencia, recuperar la creencia en la justicia divina se convierte en el único refugio para conservar las ganas de vivir frente a tanta injusticia terrenal. Imagino al pueblo palestino agarrándose con fuerza a su religión para reunir fuerzas y dar sentido a su sufrimiento. Si sucede, es porque Alah lo quiere, el martirio es una prueba para demostrar su dignidad y su entrega será recompensada en el más allá. Puede parecer un pensamiento terrible, pero cuando se está tan cerca de la muerte es obligado pensar qué pasa después, y es más fácil despedir a los familiares asesinados como mártires que ganan el cielo que como víctimas impotentes. ¿Qué otra opción le queda a quien le han quitado todo y le siguen acosando ante la mirada impasible del mundo?

En realidad, las religiones son solo narrativas que dan forma y color a la necesidad existencial de dar sentido a la vida, especialmente cuando se vive en un entorno terrible de crueldad y opresión. La historia del Cristo crucificado cobra sentido por las torturas que sufre, que no son otra cosa que una metáfora del infierno terrenal que es la realidad de tantas personas comunes. Es fácil distanciarse de estas narrativas, en ocasiones complejas y enrevesadas, cuando tenemos una vida relativamente fácil y segura, pero debemos recordar el contexto de terror e impotencia en el que surgieron. Cuando el sufrimiento es inhumano, la creencia en una justicia trascendente es el único recurso para conservar la humanidad.

Por esto, las tres grandes religiones monoteístas son tan similares en su estructura fundamental. Surgieron en situaciones de opresión como recurso para sustentar la dignidad humana, y al mismo tiempo sus presupuestos han sido retorcidos para alimentar y justificar las peores injusticias. Tienen, por decirlo así, dos caras. Una degradante cuando se alinean con los poderes terrenales y una luminosa que promueve el respeto a la vida y “el amor al prójimo”. También es así en el judaísmo, como demuestran los no pocos movimientos de judíos ortodoxos que se oponen al sionismo genocida y se solidarizan con el pueblo palestino.

Para quienes no seguimos ninguna religión, la Ilustración nos ofreció otra ventana hacia lo trascendente, con su ideal de desarrollo de la humanidad. Rompió con las religiones para proponer otra forma de religión. Los revolucionarios franceses fueron explícitos en su alabanza de la “Diosa Razón”, y donde quiera que miremos la ideología de progreso se apoya en relatos ‘inspiradores’

parecidos a los religiosos. ¿Qué es la “razón humana” sino otra forma de llamar a la “chispa divina”³ que habita en nosotros y nos impulsa a distinguir entre el bien y el mal, entre lo que es digno de admiración y lo que debemos rechazar? Los/as hijos/as de la Ilustración miramos a Kant y al imperativo categórico que sentó la bases de la ética moderna, que nos insta a aplicar el juicio de nuestra propia conciencia (racional) sobre nuestros actos, “atrevernos a pensar” por nosotros mismos y hacernos responsables de nuestra autonomía como seres humanos dotados de “libre albedrío”, capaces de tomar decisiones propias.

Sin embargo, al igual que con las religiones, esos bonitos ideales de razón y de progreso pronto encontraron los límites materiales en la realidad política de la dominación, poniéndose al servicio del Imperialismo Occidental, apoyado por el progreso tecnológico y la ideología del liberal. Esto ha llevado a muchos a pensar que el problema está en las grandes narrativas, que cautivan las conciencias, robándoles su sentido inmanente de la vida para alienarlas e instrumentalizarlas al servicio de maquinarias opresivas. Sin embargo, yo pienso que el conflicto es más sutil y más interno. Tiene que ver con el modo en que incorporamos los ideales trascendentes a nuestras vidas inmanentes. Si hay mucha distancia, se produce una ruptura por la que conjuramos el miedo a la muerte, el dolor y al sufrimiento, retorciendo los ideales para justificar que la opresión caiga sobre el lado del otro. Cuántas más ‘externalidades’ negativas sean asumidas por otros pueblos, otros géneros u otras clases sociales, más próspera nuestra cuenta de resultados y más segura nuestra existencia. Así funciona la hipocresía de una Iglesia opulenta que predica la virtud de la pobreza, o la de quienes defienden la democracia a costa de explotar otras naciones. Muy en el fondo, el verdadero conflicto por la justicia social se libra dentro de cada uno de nosotros cuando decidimos cómo posicionarnos ante el mundo. Podemos proyectar la medida moral de nuestras acciones sobre la imagen de un Dios o sobre otros ideales socialmente contruidos, pero en el fondo es la gravedad de nuestro propio juicio sobre nosotros mismos lo que importa. El sentido de lo trascendente se juega en la inmanencia de las acciones cotidianas.

¿Cómo vivir ante la ignominia de nuestra realidad presente?

Algo positivo del tiempo que nos ha tocado vivir es que hace falta muy poco para darse cuenta de la impostura de cualquier pretensión de que la historia de la humanidad sigue un orden lógico y razonable. Las injusticias y la constante amenaza de guerra que asola el mundo requieren un esfuerzo extraordinario para construir el sentido de una vida que merezca la pena ser vivida. Este es un esfuerzo ante todo espiritual, y tiene lugar al mismo tiempo dentro de nosotros, en el mundo terrenal y en la proyección colectiva de lo divino. La dimensión espiritual articula a un tiempo la psicológica, social y política sobre un tapiz común.

En la sociedad de las redes sociales está ascendiendo una especie de religión posmoderna que predica el poder de la “manifestación” y de la “ley de atracción”, argumentando que toda realidad externa no es más que una proyección interna, que podemos cambiar nuestra realidad a voluntad a condición de elevar nuestra vibración. Desde este marco se justifica la pasividad política más hipócrita, que nos seduce renovando la promesa del logro de nuestros deseos más personales, al tiempo que responsabiliza a los desheredados de su miseria: “¡si sólo fueran capaces de pensar un mundo mejor y vibrar más alto! A mí me funcionó. ¡Logré el ascenso que quería y he comprado la casa de mis sueños!”. El problema es que, aún aceptando el presupuesto básico, somos miles de millones de conciencias manifestando a la vez para producir la realidad externa. Así es como los sueños de unos se convierten en las pesadillas de otros, como el sueño de un Estado *solo para los judíos* es el infierno en la tierra para los palestinos. Entonces, parece que se tratara de ver quién

3 Los gnósticos lo nombraban explícitamente: el “nous”, la inteligencia humana que unificaba en una sola propiedad la capacidad de pensar y de conectar con lo divino.

manifiesta más fuerte, o de quien manipula mejor para que otros manifiesten a su favor, convenciéndoles de su visión del mundo y cautivando su deseo. Así que, aunque esta filosofía pretenda justificar la realidad presente como una cuestión de resonancia con la “ley universal de la atracción”, seguimos necesitando de una noción de justicia social, incluso en el reino de la manifestación creativa.

Por otro lado, es posible sacar algo positivo de los discursos de la manifestación, a fin de cuentas el orden mundial se sustenta sobre las acciones y creencias de las miles de millones de personas que habitamos el planeta. Los poderes económicos no serían tales si no nos dejáramos influir por sus mensajes, si no les dejásemos colonizar nuestro deseo por sus productos, las comodidades, la lujuria del consumo, o sus relatos sobre el futuro... Eso es también lo que dice la sociología interaccionista, que el mundo lo hacemos entre todos, con nuestras creencias y nuestras acciones... que aunque haya una estructura que habilita la manipulación de unas conciencias sobre otras, seguimos teniendo agencia para cambiar nuestra “vibración” interna y con ello influir en la realidad global. No deja de ser una ilusión, porque sabemos que solo somos un grano de arena en un desierto moral, pero ahí estamos y nuestra realidad sigue siendo parte del conjunto.

Otra respuesta la podemos encontrar en formas de espiritualidad aún más ancestrales, como las de los pueblos indígenas que fueron colonizados y destruidos por la maquinaria imperialista. Como los nativos americanos que en 1890 asustaron al gobierno de Estados Unidos con la Danza de los Espíritus, una llamada a un mundo nuevo donde las injusticias serían mágicamente reparadas. Los militares temían un levantamiento, pero el movimiento era en realidad espiritual, estaban elevando un rezo para cambiar la vibración global o por lo menos su experiencia subjetiva de la misma. Algo similar hacen los palestinos y las palestinas cuando, en las peores condiciones de existencia, son capaces de apreciar el tiempo de vida que aún disfrutaban y el valor que tiene vivirla desde un profundo sentido de dignidad (como se expresa en la historia de abajo).

53,3 mil 756 621

aya_e_zed I will not speak about the bitterness of the days or the extent of the pain we endure, for words cannot do justice to this reality. But I will say: In the heart of this destruction, we try to find what gives us a reason to continue, attempting to create a place from nothing, even if that place only holds painful memories.

In Gaza, we do not just live; we make the impossible a place that can embrace both our pains and hopes at the same time. Even the ugly places flourish when touched by our hands, because we believe that in every corner of this land, there is life waiting to be planted ❤️

Our days may be short, but in these days, we try to live with all the dignity we have, and leave an impact on the land and in the hearts of those around us. In the end, what matters is not the length of life, but how we lived it. If our lives are filled with dignity and steadfastness, then we deserve to depart with peace of mind .. 🕊️

لن أتحدث عن مر هذه الأيام أو عن حجم الألم الذي نعيشه، فالكلمات لن توفي حق هذا الواقع. ولكن سأقول: في قلب هذا الدمار، نحاول أن نجد ما يعطينا سببًا للاستمرار، محاولين خلق مكان من اللاشيء، حتى وإن كان هذا المكان لا يحمل سوى الذكريات المؤلمة.

في غزة، نحن لا نعيش فقط، بل نصنع من المستحيل مكانًا يحتضن آلامنا

Reels

63 mil

949

aya_e_zed

BilalShabib · Ataba

Seguir

I will not speak about the bitterness of the days o ...

No hablaré de la amargura de estos días o de la profundidad del dolor que soportamos, porque las palabras no pueden hacer justicia a nuestra realidad. Lo que sí diré es: en el corazón de esta destrucción, tratamos de encontrar lo que nos da una razón para continuar, tratando de crear lugares de la nada, incluso si esos lugares solo nos traen memorias dolorosas.

En Gaza, no solo vivimos, hacemos de lo imposible un lugar que pueda acoger nuestro dolor y nuestras esperanzas al mismo tiempo. Incluso los lugares feos florecen cuando son tocados por nuestras manos, porque creemos que en cada rincón de esta tierra, hay vida esperando ser sembrada.

Nuestra vida puede ser corta, pero en estos días tratamos de vivir con toda la dignidad que tenemos, y dejar un impacto en la territorio y en los corazones de quienes nos rodean. Al final, lo que cuenta no es la duración de la vida, sino cómo la vivimos. Si nuestras vidas están llenas de dignidad y de firmeza, entonces merecemos irnos con paz de espíritu.

Aya A Zed (Mensaje desde Gaza, abril 2025).

Este mensaje, de una de las muchas cuentas de redes sociales que desde Gaza comunican la destrucción que sufre la población palestina, transmite la respuesta más sobria, natural y humana que podría esperarse frente a la injusticia y la destrucción total. El odio o la rabia solo son consuelo para quienes imaginan poder responder a quienes les agreden; el desamparo y la pena consuelan a quienes esperan recibir ayuda. Cuando ya no hay esperanzas de arreglar el mundo, solo queda aceptar el presente y la verdad última de que el sentido de la vida se realiza a través de la dignidad, la firmeza y la paz de espíritu. Si tan solo pudiéramos aprehender esa lección y trasladarla a nuestras vidas cotidianas, dejaríamos de ser combustible para alimentar la maquinaria enferma que destruye nuestro mundo.